

Un nuevo siglo, un nuevo hombre

Luis Carlos Marrero*

Pastor, teólogo y coordinador del Área Teológica. Grupo de Reflexión y Solidaridad
Oscar Arnulfo Romero. asistente@enet.cu

Abre tus ojos y tu corazón

Y aprende a ver lo que no ves.

Pedro Guerra

Me disculpan los/as amantes del lenguaje inclusivo por el título de este artículo, pero sí, me referiré al hombre en cuanto ser humano varón y a su nueva condición de ser, sentir y actuar en este nuevo siglo.

Hace algunos días vi en el Noticiero de la televisión una noticia impactante: "...los hielos árticos se derriten a una velocidad vertiginosa, lo que provocará una subida del nivel del mar mucho más rápida que la prevista por los científicos. Todo esto es debido al calentamiento global producido por el HOMBRE". Días después le escuché a una colega de trabajo --por cierto, no creyente-- afirmar: "Ser VARÓN es un regalo de los dioses." Rápidamente mis neuronas se dispararon y comencé a pensar cómo articular estas dos ideas. Por un lado, el hombre es el causante de los desastres naturales que se nos avecinan, y por otro, ser varón es un regalo de los dioses --mi colega no especificó cuál de los tantos/as--. Ahora bien, si los dioses nos están regalando hombres detractores del entorno, entonces necesitamos de-construir y re-construir ambas imágenes: la del Noticiero y la de mi colega.

Desde los años 60 del siglo pasado, se han impulsado varias campañas a favor de la conservación de los recursos naturales y el cuidado de la naturaleza. Grupos de ecologistas de diferentes latitudes del planeta avizoraron de manera profética lo que hoy estamos viviendo: la gran devastación planetaria. También en los 90 los estudios sobre masculinidad --o masculinidades-- comenzaron a proponer una nueva manera de ser hombre frente a las nuevas condiciones sociales que aparecieron en los diferentes contextos. Se propuso una nueva variable transformativa del hombre, en su relación con los roles que siempre marcaron los patrones culturales. Estos patrones impuestos han tenido su historia.

El pensamiento occidental estuvo desde antaño --y sigue estando-- dominado por la formación sociedades monorreligiosas. Hasta la llamada "revolución industrial" estas sociedades fueron regidas por el pensamiento cristiano --dicho sea de paso, una ideología androcéntrica, blanca, sexista y célibe--. Todo lo que se movía en el campo de

las ciencias debía ser valorado y explicado desde esta perspectiva. El hombre, como imagen de un Dios solitario y juez, reprodujo este comportamiento hacia sus semejantes, especialmente hacia las mujeres. También la naturaleza cayó bajo este señorío, pues más que mayordomos o servidores de la esta, nos convertimos en dominadores y nos adueñamos de sus entrañas.

Estamos de esta manera frente a una encrucijada para el nuevo hombre. El teólogo Leonardo Boff nos recuerda que:

[...] los seres humanos en el cuadro de la cultura actual vivimos exiliados. Hemos perdido nuestra conexión con el cosmos, tratamos a la Tierra como si fuera puramente un repositorio de recursos para nuestra utilización, no respetamos la alteridad de los demás seres. Nos olvidamos de que entramos en escena cuando ya 99,98% de la historia del universo se había cumplido. Somos los últimos en llegar y tratamos sin veneración a los demás hermanos y hermanas cósmicos, olvidando que tienen muchos más años que nosotros y que por eso merecen respeto y escucha.¹

Todos los seres hablan por la tradición que tienen inscrita en su ser, resultado de un sinnúmero de relaciones. Estamos perdiendo la capacidad de escucharlos. Hablamos tan alto que solamente nuestra voz se hace oír. Es precisamente desde este lugar hermenéutico que propondremos hacer algunos apuntes sobre una nueva epistemología del ser HOMBRE y su nueva relación con la naturaleza: la *ecomasculinidad*.

Los estudios recientes sobre masculinidad han trabajado hacia el interior-exterior trasformativo del hombre, su nueva manera de relacionarse con ellos mismos, con las mujeres y con los contextos sociales; sin embargo, el tema naturaleza y la relación con ella parece que no forma parte de dichos estudios. Con la *ecomasculinidad* incorporamos dos preocupaciones a estos tratados: la primera es la ecológica y la segunda, la relación del nuevo hombre con la naturaleza. Me parece que la transformación de este “nuevo hombre” debe ser general --o integral, como está de moda el término--, y para eso proponemos algunas pistas para futuras investigaciones. Prometemos seguir trabajando estas propuestas en otros espacios.

Un primer momento estaría en el nivel *antropológico*. Los seres humanos debemos ser pensados y vividos como parte de la naturaleza y no como algo diferente de ella,

¹ Leonardo Boff, *A águia e a galinha. Uma metáfora da condição humana*, Vozes, Petrópolis, 1998, p. 68.

como muchas veces enseñan las antropologías occidentales. Es lo que desde las antropologías africanas se llama “la sabiduría de la inclusión”. El nuevo hombre debe ser pensado en comunidad lo que nos da otro nivel: el *sociológico*.

El nuevo hombre en su construcción y actuar con las sociedades, debe tener presente el elemento naturaleza; ella también es un ser vivo. Esto apunta al principio de solidaridad, a través del cual, el universo no solamente aparece como un todo interrelacionado, sino cómo las partes participan del todo, cada una a su manera.

Un tercer elemento o nivel sería el *teológico*. El nuevo hombre debe reconocer en Dios muchos rostros, en la medida que se participa en el plural proyecto ecohumano de liberación. En cuanto a la tradición cristiana, se debe llevar a cabo una lectura de la polifacética relación con Dios, que se expresa en la doctrina de la Trinidad, y su universal economía de salvación.

Tomando en cuenta este misterio, nuestras teologías deben tener a Dios-Naturaleza-Hombre como un solo *sujeto teológico*, lo cual implica un último nivel: el *epistemológico*. Este nivel debe proponer rupturas epistemológicas que siempre han sido usadas por las ideologías dominantes. Introducir nuevas categorías como los sentimientos, las sensaciones, los saberes, los sabores y los colores, ayudarán a este nuevo hombre a comprender que la naturaleza es una de las principales referencias para pensar el campo cognitivo. Todos los seres vivos son parte de la Tierra y esta se manifiesta en varios momentos: en el suelo que pisamos, en la piel que reviste a los animales, en fin, en todo lo que cubre, contorna y modela.

Ser un nuevo hombre en el presente siglo, nos compromete a ir más allá de lo avanzado, de lo creado. Debemos ser capaces de inventar mundos y como Ivonne Gebara decir: “Somos simplemente cósmicos, terrícolas, seres del cosmos y de la tierra, que necesitamos unos de otros y solo existimos sobre la base de una existencia común y sobre la base de la interdependencia de nuestras diferencias.”² Dentro de los nuevos paradigmas emergentes, la naturaleza y los hijos y las hijas de la Tierra deben ser el gran desafío, el nuevo sueño del hombre del siglo XXI.

² Ivonne Gebara, *Instituciones ecofeministas. Ensayo para repensar el conocimiento y la religión*, Trotta, Madrid, 2000, p. 209.